

**XXXII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2020.**

**Corporalidad e identidades móviles. La literatura como registro de la experiencia.**

**Belmes, Lucía**

**Facultad de Filosofía y Letras, UBA**

**Introducción**

El siguiente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación titulado “Configuraciones de las disidencias y lo marginal: potencias de vida y formas de resistencia en la literatura brasileña contemporánea”. Específicamente, forma parte del inicio de este proyecto, en una instancia de búsqueda por delimitar el corpus dentro del campo de la literatura brasileña contemporánea, y a partir de preguntas respecto a la configuración de afectividades disidentes en la literatura actual.

A modo de aproximación a la escritura de Luisa Geisler, cabe mencionar que es una escritora brasileña joven, nació en el año 1991 en la ciudad de Canoas. Trabaja como traductora literaria y colabora con diversos medios periodísticos. Es autora del libro de cuentos *Contos de mentira* (2011), la novela *Quiçá* (2012) fue traducida al español en 2016 por el editorial Siruela y la novela *Las luces de emergencia se encenderán automáticamente* (2014), fue traducida al español y publicada en Argentina por Blatt & Ríos (2017). En este trabajo me centré en esta última novela, partiendo del interrogante acerca de cómo se narran las formas del afecto, de la corporalidad y los vínculos porque leo ahí una potencia de desidentificación, un juego permanente con discursos normativos que están operando, que son incluidos en la propia voz narrativa, pero de los cuales el narrador se desmarca a partir de lo que ocurre en el plano sensorial.

**La intimidad de las cartas**

La novela consiste en cartas que Ike le escribe a su mejor amigo, Gabriel, que está en coma a partir de un accidente doméstico. Son cartas que tienen el fin de ‘poner al tanto’ sobre todo lo que va sucediendo y están dirigidas a una persona que nunca va a responder. En este sentido la escritura se despliega como un fluir de la conciencia, sólo atendemos a la propia voz del narrador, que dialoga con lo que se imagina que el otro podría responder o pensar. La escritura tiene un tono de mucha complicidad e intimidad, en un registro que toma cuestiones

de la oralidad, transcripción de mensajes de textos y de redes sociales, hay una presencia muy fuerte de elementos de la contemporaneidad que resultan significativos respecto a los modos de vinculación entre los personajes: por ejemplo, el ritmo, la inmediatez y también la vacilación en los mensajes se corresponde con una forma de encontrarse, con modos del decir que no son determinantes sino que el intercambio se da en zonas más bien ambiguas, donde lo corporal adquiere un peso mucho más relevante y decisivo. Este tono se interrumpe sólo en algunas partes por la voz de una tercera persona que describe breves escenas.

En primer lugar, me interesa leer desde oposiciones no binarias. Creo que es una vía posible oponer las formas en las que transcurre el afecto, por ejemplo, el amor heterosexual entre Ike y Manuela y el amor homosexual que despierta Dante. Pero cuando tomé en principio esta perspectiva me pareció que podría ser un lugar más bien simplista y que una potencia del texto es, en cambio, iluminar zonas de contacto y de cruce entre distintas categorías. La relación con lo normativo, en términos de discursos hegemónicos que organizan qué es aceptable y qué es lo que está por fuera, opera permanentemente en la mirada de Ike sobre las cosas. Y en este sentido resulta significativo cómo este discurso tiene lugar en el propio discurrir del narrador sobre su vida, sus opciones, y no como mandatos externos únicamente, a los que él podría revelarse. Resulta productivo un acercamiento a la novela desde una lectura de las tensiones, los cruces, y no las oposiciones binarias. Ver qué resulta de estas contradicciones, si es que hay una síntesis o más bien una deriva.

Desde la narración de hechos de la vida cotidiana la novela pone en juego un proceso de singularización. Ike va trazando una distancia respecto a las imposiciones normativas que organizan la vida, los proyectos, porque desde su mirada va desnaturalizando cierta forma de lo sensible, por ejemplo: una idea del amor romántico o amor “por costumbre”:

¿Te hubieras imaginado que iba a pensar en ella ahora tanto como al principio? Las cosas cambian, ¿viste? Cambia el ritmo. Claro que no se puede saber cuándo es que uno se desenamora de alguien. Amar por rutina (porque ya se comenzó, porque ya se está ahí) debe ser la forma más común del amor (creo). Ella me hace reír y me aguanta y quizás sea eso lo que importe. Cuando veo a Manuela sigo sintiéndome como un ciego que ve el sol por primera vez y creo que eso es lo que importa. Nunca la engañé, nunca le mentí. (Geisler, 2018: 155)

El amor que se nombra con frases hechas, “como esas de Clarice Lispector que la gente sube a internet”. Ike no está desestimando esto, incluso más adelante se narran escenas con su novia donde aparece un diálogo con los lugares estereotipados del amor heterosexual o por lo menos de ciertos roles de género “La abracé un largo rato mirándole el pelo, lloramos juntos.

Tenía olor a chocolate (...) Dormirse llorando sí que es cosa de mujer-loca-emocional-desequilibrada-no racional.” (Geisler, 2017: 199). A la vez, es una escena narrada con mucha ternura lo cual le agrega ciertos matices. Hay una idea sobre esa forma del amor y a la vez es un lugar que se habita, se pone el cuerpo en esa discusión irracional, en ese llanto. El narrador hace referencia a ese rasgo estereotipado de la mujer y más que alinearse allí, está produciendo un quiebre. La voz de Ike genera un ruido respecto de esos lugares comunes que trae, en la propia experiencia de lo que acontece.

Entonces, la singularización, en primera instancia, implica abrir espacio a algo propio y auténtico: hacer lugar a eso que de algún modo resalta, desordena, irrumpe. En este sentido, una aproximación teórica que me pareció interesante para abordar esta lectura es lo que postulan Félix Guattari y Suely Rolnik, en el libro *Micropolítica. Cartografías del deseo* (2013), respecto a los procesos de singularización de la propia vida como gesto de resistencia. En la novela de Geisler, la intimidad de las cartas permite echar luz sobre las tensiones, las preguntas que complejizan la vida cotidiana y exhibir desde allí un carácter singular. Todo aquello que se presenta como banal, común, está habitado por emociones, por afectividades que desencajan y alteran lo normal y hegemónico. Esto es relevante en la medida en que la novela no critica simplemente mandatos externos, pautas de sociabilidad, por ejemplo, sino que el narrador está inmerso y atravesado por discursos normativos con los cuales interactúa y desde allí puede producir una distancia.

### **Permanecer a mitad de camino**

El escenario de la novela es la ciudad de Canoas, aparece un sentimiento ambiguo con este espacio. Se presenta como una ciudad menor en relación a otras, como un lugar que está a mitad de camino. Por momentos Ike se siente un provinciano y por otros hay una tranquilidad en esa pertenencia (su expectativa laboral incluso es lograr abrir un restaurante allí). Desde este lugar se construye un tono en apariencia banal, los ámbitos donde transcurre la novela no tienen nada de excepcional en sí mismos: la estación de servicio donde trabaja Ike, las casas de amigas y amigos donde se encuentran, toman cerveza, experimentan con drogas alucinógenas, bailan, conversan, se besan, etc. ¿Cómo, entonces, la ausencia del mejor amigo, abre el campo para mirar con otro lente todo aquello que es la normalidad? También esto abre una pregunta por la narración: escribir, para un destinatario imposible, alcanza para resignificar la experiencia. Las cartas funcionan como una suerte de diario, un registro del día a día, de lo común, pero esa normalidad toma otro carácter en la escritura. Se iluminan aristas, bordes, quiebres, en un tono inocente y espontáneo, esto me parece muy significativo

en la novela. Como si la escritura pudiera recomponer algo del registro corporal, ese plano físico en el cual están sucediendo las emociones, los cambios que no llegan todavía a ser decisiones. Son puro riesgo, abismo, experiencia. Las cosas a Ike le van sucediendo como si él no tomase decisiones sino que se entrega a los acontecimientos, a esta idea de que “hay muchas cosas para hacer”, muchas películas para mirar, muchos lugares para conocer, la vida aparece como un horizonte abierto e inabarcable. La escritura tiene ese carácter vital, y en ese sentido Ike se presenta como un sujeto deseante, en oposición al destinatario de las cartas que está en coma y que no va a recuperarse.

Particularmente en las escenas de los encuentros con Dante se despliega mucho de este plano físico: “Las manos medio que se chocaban cuando andábamos. Me tomó la mano. En verdad, medio que dejó que los dedos se entrelazaran con los míos. Y yo todo bien” (Geisler, 2017: 231) El encuentro se va dando así, como aproximaciones sutiles, como dejar acontecer. En este sentido, la escritura va dando cuenta de un modo singular de la experiencia, y se aleja de una intelectualización posible al respecto, para narrar desde el registro sensorial. En una escena anterior Ike hace referencia a un “Sahara de silencio” que ocurre entre los dos, es una imagen contundente entre dos cuerpos que se aproximan a tientas y donde lo que se intercambia es el silencio, porque lo tiene lugar allí, lo que se narra, sucede en el plano corporal. Además, si desde el comienzo aparecen muchos discursos vinculados a lo gay, a la imagen del otro como el “modernito”, canchero, que se viste bien y habla muchos idiomas -se define por oposición-; estas imágenes comienzan a relativizarse a medida que los dos personajes se van acercando. Las ideas más estereotipadas caen o entran en tensión cuando el cuerpo toma lugar. Y la mayor parte de la novela transcurre en ese plano de la afectividad, registrando acontecimientos y emociones más que dando lugar a conclusiones. Hay rasgos de novela de iniciación (los personajes tienen una edad promedio de 23/24 años, están transitando sus carreras universitarias e intentando desenvolverse en el campo profesional), y sin embargo, no hay un proceso de autoconocimiento y aprendizaje que dé lugar a una etapa de superación. Leemos más bien un tránsito, porque el protagonista no arriba a un lugar tranquilizador en el cual se definan estas aristas que fueron abriéndose en la narración. La iniciación entonces tendría más que ver con un continuo de esa experimentación y esa movilidad.

En esta línea, es posible distinguir un proceso de desidentificación en la novela tomando la idea de Guattari que dice que “La identidad es aquello que hace pasar la singularidad de las diferentes maneras de existir por un solo y mismo cuadro de referencia identificable” (Guattari, 2013: 98). Aparece en la voz de Ike un enojo con una posible identidad

homosexual, rechaza esa opción con una expresión muy tajante: “Gabi, porque tengo novia. Porque sé lo que me gusta. Y sobre todo porque no voy a entregar el culo. No voy a entregar el culo, Ike.” (Geisler, 2017: 141). Pero a la vez, las emociones van tomando lugar y se abre el espacio para esa afectividad. En otra de las cartas, dice: “Ser parecido a mí mismo es una idea que medio te paraliza. Es como si debería ser una tabla o cualquier cosa con un manual de instrucciones, comienzo, medio, final, formato adecuado, molde. Y todo lo que estuviera muy afuera (o adentro) de eso podría estar muy mal” (Geisler, 2017: 138). Hay una impugnación de la idea de poder ser ‘idéntico a sí mismo’, la novela va avanzando sobre esta incomodidad. Acontecen encuentros amorosos y por momentos esquivos, ansiedades, deseos: todo eso constituye un vector que deshace la pertenencia, la firmeza de reconocerse en una identidad posible, unívoca. La novela hecha luz sobre la riqueza singular, propia, de los encuentros y los afectos diversos. Y esto me parece relevante en la medida en que está creando, desde el discurso literario, el espacio para que suceda otro tipo de afectividad.

Paul B. Preciado, en una de las crónicas que integran *Un departamento en Urano*, sobre la sexualidad lesbiana y el cine, trabaja con escenas de *La vie d'Adèle* y *Nymphomaniac*, y la idea de que estas no ‘representan’ una sexualidad que las preexiste sino que corren los límites dentro de los cuales la sexualidad aparece como visible. En este sentido, la novela de Geisler aborda un plano de lo corporal y lo sensorial en la narración que permite pensar en las diversas formas de transitar los afectos, desde una subjetividad que no se afirma sobre sí misma sino que se abre a la experimentación. No necesariamente como una voluntad decidida de experimentar, sino como la posibilidad de abrir el juego a una voz auténtica y singular. Pienso que es posible leer una resistencia a la constitución de una identidad fija desde la mirada y la experiencia de Ike, a partir de la experimentación sexual y afectiva, y además porque la perspectiva de enunciación puede pensarse como la de un sujeto feminizado. En el sentido de tomar ese estereotipo de feminidad (lo emocional, la forma de describir a los otros, etc.) y hacerlo estallar.

### **Formas posibles de huida y de resistencia**

La novela sostiene una tensión, habitar un espacio intermedio, de cruce, o más bien, habitar los procesos de singularización para mostrar qué formas de la subjetividad trae cada proceso que se experimenta. Suely Rolnik recupera esta idea del devenir-mujer en tanto huida de la subjetividad capitalista, desde donde se puede plantear un devenir-mujer del hombre, devenir-mujer de la mujer. Es decir, devenir-mujer de la sociedad. Esto, en tanto el modo de producción capitalista “reprime la posibilidad de crear formas de existencia a partir de una

sensibilidad a los procesos vividos, formas tan múltiples y variadas como sean esos procesos.” (Rolnik, 2013: 116), es decir que el devenir-mujer de estos lugares fijos de lo social implicaría una disrupción en el campo de lo sensible, en la posibilidad de vivir y experimentar los afectos. Creo que la figura de Ike condensa mucho de esta posibilidad de huida en tanto constituye una subjetividad que es habitada por la alteridad, por aquello que es desconocido y distinto al sí-mismo.

Desde acá, me interesa pensar las afectividades disidentes y analizar formas de la subjetividad como procesos de singularización y no en términos conclusivos, lo que puede ser válido para otras narrativas contemporáneas también. En todo caso, es posible rastrear estos temas en tanto gestos de resistencias a los modos de existencia hegemónicos. Cómo, desde la afectividad, desde el cuerpo, es posible desmarcarse de los discursos normativos con los cuales dialogamos permanentemente.

#### Bibliografía:

Geisler, Luisa. *Las luces de emergencia se encenderán automáticamente*, Buenos Aires, 2014, Blatt & Ríos.

Guattari, Félix y Rolnik, Suely. *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Buenos Aires, 2013, Tinta Limón.

Preciado, Paul B. *Un departamento en Urano. Crónicas del cruce*, Barcelona, 2019, Anagrama.